

Solo un poco de esperanza

Bajo la tenue luz que la luna provee a los seres nocturnos, hay una sombra que vaga acechante. Va en pos de una víctima. Su pálido rostro y sus frías y huesudas manos denotan en esta criatura su macabro origen. Cubierta por una negra capucha, se esconde de miradas indiscretas mientras ronda, buscando.

Silbante y ágil como el viento, salta de casa en casa, de techo en techo, tal y como si bajo la influencia de gravedad cero se encontrara. No necesita ojos para encontrar a quien pronto saciará su sed de muerte, no necesita olfato para oler su miedo y no necesita piel para sentir el contacto con su cálida carne. Solo necesita de sus largos dedos para tomar su mano y adueñarse de su espíritu.

Su gracioso danzar ya se ha prolongado por varias horas. Por momentos parece perdida, pero la realidad es que sabe exactamente a donde debe ir. Espera la hora elegida mientras vaga entre camas de niños y adultos, imponiendo su presencia en sueños, provocando terribles pesadillas, esas pesadillas que te despiertan sobresaltado a la mitad de la noche, temblando, cubierto con sudor frío. Macabras pesadillas que te hacen mirar a la oscuridad y preguntar en voz alta..." ¿Hay alguien ahí?".

Sigue su ruta de silencio, a veces respirando la tristeza que provoca el llanto desgarrador de alguna viuda que acaba de encontrar el cuerpo inerte de su esposo junto a ella, a veces bañándose en las lágrimas de los pequeños que temen sus acechanzas, visitando los velatorios para regocijarse del dolor en el corazón humano y tal vez, solo tal vez, poder tomar algún alma perdida y descuidada que le permita mermar su hambre insaciable.

Arturo Tlacaélel Curiel Díaz

¡Ha llegado! ¡Es la hora maldita! La criatura está ahora en un pequeño pueblo. Un pueblo cuya nebulosa existencia apenas se distingue en el frío de la madrugada. En el centro de la localidad, las campanadas de la iglesia marcan la medianoche. Tal parece que los habitantes saben que ha llegado. Cierran puertas y ventanas y se santiguan ante la penumbra, pidiendo a quien quiera que escuche sus plegarias que no sean ellos a quien la muerte se lleve. ¿Quién será esta vez? Puede ser cualquiera. Este ser no respeta sexo, edad, ni condición social...solo es capaz de respetar el tiempo y a tiempo siempre ha de llegar, dispuesto a cobrar su cuota.

Gentilmente posa uno de sus pies sobre el campanario y dirige su descarnado rostro hacia una pequeña y humilde casa a las orillas del pueblo. A ese hogar quiere la criatura llegar. Sus puertas, al igual que todas las otras en el pueblo, están todas selladas por precaución. Y es que en esas frías madrugadas de luna llena nunca se puede estar seguro de nada. Si uno se descuida un poco, la desgracia puede entrar por cualquier resquicio, por cualquier pequeño agujero que a alguno de los moradores se le haya olvidado tapar.

La criatura salta a tierra desde la punta de la iglesia y avanza lentamente por las calles. No tiene prisa, la noche aún es larga. Cada paso, la acerca aún mas a la pequeña casa. Es seguro que ahí se encuentra el alma que hoy deberá consumir...lo puede sentir. Si tuviera sangre, herviría de gusto. Si pudiera reír, sus carcajadas de alegría resonarían como ecos macabros por las desoladas calles. Delante de cada puerta que pasa, echa una mirada. Todos en el pueblo mantienen ojos y oídos tapados. Se dice que si ven al monstruo, este los elegirá y se los llevará con él. A pesar de todo, aquellas pobres almas no pueden evitar sentir la gélida mirada del horrendo ser atravesar paredes y posarse sobre ellos, deleitándose con su desesperación.

Por fin, paso a paso, ha llegado. Abre la puerta sin siquiera tocarla. Con el simple

Arturo Tlacaélel Curiel Díaz

ademán le ha bastado. Entra silenciosamente y, por fin, ahí está a quien ha venido a cosechar. Aquí, vive un escritor. Ahí se encuentra sentado frente a su escritorio, viendo la luna llena a través de su ventana mientras sostiene un bolígrafo en su mano que, a su vez, descansa sobre una hoja limpia de papel. Mientras sueña, suspira. Piensa en mundos imposibles, en lugares que no existen. Ahí sentado, ha llegado a comprender la esencia misma de las palabras y ha podido moldearlas a sus pensamientos. Ha vivido intentando hacer que el mundo, su mundo, suene congruente de alguna forma. Ha soñado con cielos de colores fantásticos, con flores de sabores intensos y con música tan hermosa que sea profano el tan solo pretender escucharla...pero ahora, solo puede ver en su mente una inmensa negrura que lo sofoca y lo hace voltear a ver, cada vez con mayor interés, el revolver que descansa sobre su escritorio.

La criatura se acerca al hombre con sigilo y le susurra palabras al oído con su voz ronca y baja. “Ha llegado la hora de que vengas conmigo”, le dice al tiempo que le ofrece su huesuda mano. Sin darse cuenta, el hombre le da su mano libre a la criatura y ésta la posa sobre el revolver. El flujo de sombrías palabras que emana del pecho de aquel ser, poco a poco se transforma en un melancólico réquiem que fulmina con brutal fuerza el corazón del débil escritor, provocando que un par de lágrimas recorran sus mejillas. Pronto, las lágrimas entran a su cabeza, provocando que surjan en ella recuerdos tristes, historias de fracasos y dolores, preguntas que no requieren más respuesta que el sorpresivo sobresalto que provoca la detonación de un arma.

El bolígrafo comienza a ejecutar trazos en el papel, a contar la historia de melancolía que surca la mente de quien lo dirige. Al mismo tiempo, el cañón del revolver se enfila a la cabeza de su portador, esperando que llegué el último trazo del bolígrafo para poder sellar con un solo disparo este pacto involuntario del escritor con su propia tristeza.

Arturo Tlacaélel Curiel Díaz

En ese momento, y justo antes de ejecutar el tiro, la puerta de la casa se abre violentamente y entra por ella otra entidad. Esta vez, es la imagen de una hermosa mujer de piel azulada y ojos de zafiro. A cada paso que da hacia el escritorio, la noche parece iluminarse. El día parece estar despuntando. Para cuando ha llegado junto a él, el sol ya ha salido e ilumina todo con su alegre rostro. La felicidad parece haber retornado al mundo. Entonces, la mujer habla. Le dirige unas palabras al temible ser que mantiene aún como rehén a ese pobre y desencajado hombre. Su voz se escucha como el canto de los ríos al fluir montaña abajo. Pasa su mano por la cara del melancólico escritor. Su tacto es como ese cálido ambiente que se siente en las noches de verano tropicales. El ver sus ojos provoca un embelesamiento infinito que hace olvidar mil veces la negrura y hace recordar el silencioso placer que siente el cuerpo cuando se encuentra uno tirado en la hierba en una tranquila mañana de fin de semana.

La mujer estira su mano y con ella toca la de la huesuda criatura que aún dirige la mano del escritor que tiene el revolver empuñado. Con un simple toque de aquellos mágicos dedos, el siniestro ser desaparece. Se esfuma sin emitir protesta, sin luchar por esta alma que, al parecer, ha perdido.

A medida que transcurren los minutos, la mente del escritor comienza a florecer. Empieza a pensar colores. Vuelve a sentirse animado, con energía, dispuesto a todo. Ve el revolver en su mano y ahora le parece ridículo. Llega a pensar que hay un lugar para él, que puede alcanzar esos mundos que imagina, que de una forma u otra llegará al destino deseado y que será feliz. Todo se ha arreglado.

El escritor se dispone entonces a guardar el revolver, cuando algo le llama la atención en su ventana. Ahí afuera, de pié, sigue la criatura esperando su oportunidad para tomar su vida. Solo una mirada directa a los ojos le basta para que el escritor lleve rápidamente el

Arturo Tlacaélel Curiel Díaz

cañón del revolver a su sien y dispare sin dudar un momento.

En el instante en que se escucha la estruendosa explosión que le ha traído la muerte, la noche vuelve a caer y una especie de melancolía vuelve a invadir el ambiente. Dentro de la casa, la mujer con ojos de zafiro le lanza una mirada cómplice a la criatura que, una vez cumplida su tarea, ofrece una reverencia y se dispone a partir. La mujer también se retira, no sin antes sonreír ante el renglón final que lee en la carta que ha dejado el escritor a los que lo conocieron: *“...y es que, de alguna manera, ver a la tristeza justo después de experimentar esa intensa euforia que me otorga la esperanza, me hace sentir aún mas miserable. Es como si ambas trabajaran contra mí, haciendo de mi vida una enorme masa de desilusión...”*

FIN